

# Al este del Flumen: San Julián de Banzo, Sagarillo y peña de Amán

huertas teñidas de vigoroso verde, gracias al elemento líquido y el buen hacer de los moradores de esta población. Descendemos dirección oeste con la intención de acercarnos al barrio de Ayuso. Sobre el barranco un puente de un arco de medio punto, el tablero impermeabilizado por una capa de hormigón, el entorno tomado por espesa vegetación mimetizante, zarzas, enredaderas que trepan hasta alcanzar las copas del arbolado en busca de la preciada luz solar, dos grandes nogales dan buena sombra en la zona. Con gran cuidado descendemos por el vestido taldud de la margen derecha hasta el seco lecho del barranco, fijamos nuestra atención en el intradós del puente, bóveda de mampostería retocada de tamaño regular, en las paredes dos mechinales en cada lado.

Tras pasar el puente ascendemos por una cuesta, nos detenemos durante unos minutos en una plaza que busca la horizontalidad sin terminar de encontrarla, observamos lo que resta de una vivienda, parte del muro de la fachada, con un arco de medio punto de dovelas cajeadas y la puerta claveteada, que aunque permanece cerrada si pasásemos su umbral seguiríamos estando al raso.

Salimos del pueblo, varias naves y granjas indican la gran actividad en esta zona, unos metros más adelante el paisaje agrícola introduce una nota de colorido, en una semillanura parcelas de almendros con su verde ramaje moteado por su fruto, echando raíces en tierras rojizas, se alternan con el dorado de los rastrojos que comienza a verdear por el ricio, el cual brota con fuerza gracias a la humedad aportada por las últimas lluvias, haciendo germinar las semillas. Como telón de fondo de este escenario las formaciones montañosas de Matapaños, las crestas que cobijan la ermita de San Martín de la Bal d'Onsera, el Pico del Mediodía, y los dos macizos que componen el Salto de Roldán.

Seguimos por la pista, esta zona ya la habíamos visitado unos años antes, en aquella ocasión encaminamos nuestros pasos por la senda que marcaba en el mapa dirección norte descendiendo ladera abajo, dicha senda estaba prácticamente perdida y nos costó sufrir bajando, por lo cual hoy desistimos del intento y seguimos por la pista, aunque somos sabedores que el camino es más largo. Dicha pista desciende en algunos tramos con fuerte pendiente, un grupo de ciclistas con sus bicicletas de montaña a golpe de pedal con



Sagarillo: restos de la iglesia

gran esfuerzo consiguen superar el desnivel.

A mano izquierda el agua discurre por una acequia desembocando en dos balsas que hay unos metros más abajo. Ya nos vamos aproximando al río Flumen, podemos escuchar el susurro de sus aguas, las laderas de la cuenca son de tierras de escasa fertilidad, cubiertas por una exigua capa de monte bajo, la pista baja hasta el propio curso del río, la estratificación del terreno horizontal alterna estratos de arenisca con otros arcillosos, estos últimos son erosionados con mayor facilidad por el agua, socavando la base de sustentación de los estratos superiores de roca, la cual termina por ceder resquebrajándose, desprendiéndose en ocasiones grandes bloques que ruedan ladera abajo por la acción de la fuerza de la gravedad. Nos detenemos durante unos minutos para observar la buena combinación de colorido que ha conseguido la estratificación del terreno, variando de tonalidades rojizas a ocres, también resulta curioso ver cómo alguno de los bloques de roca protege a las estratos inferiores de la erosión, dando lu-

gar a hitos efímeros. A mano derecha dejamos los restos de un muro de sillarejo, sólo queda en pie unos metros de pared, se aprecia que el edificio en su día fue de planta rectangular y tejado de un agua, está rodeado por pequeñas fajas que gracias al paso del ganado no están invadidas por la maleza. Unos olivos, con sus grises troncos retorcidos por el paso del tiempo, han sido podados recientemente dándoles un halo de aliento, con la finalidad de sacarlos del olvido.

Llegamos al despoblado de Sagarillo, la vegetación en esta zona se acentúa, mimetizando los muros de las construcciones, podemos ver el esquinazo de sillería de uno de los edificios, más al norte se encuentra la puerta de entrada bajo arco de medio punto de la Iglesia con arquivolta, sólo queda la pared norte en cuya base se han intensificado los efectos de la erosión, unos metros más adelante otro muro construido en esta ocasión con adobe, con un arco de medio punto cegado. Consultamos el libro de José Luis Aramendía, El Románico en Aragón: "Solamente queda de la Iglesia original el

muro norte, que fue habilitado como pared de una casa adosada, y la portada de acceso que abría en el mismo lado, formado por un arco de medio punto y arquivolta con puntas de diamante innegablemente románica".

La pista sigue unos metros más, dando acceso a unas parcelas de labor, mientras el río discurre aumentando su sonoridad debido a un pequeño azud, en el cual unos pescadores se disponen a echar el anzuelo.

El fin de semana siguiente repetimos la zona y nos acercamos al Salto de Roldán a la peña de Amán. Tomamos la pista que está señalizada con la indicación de la ermita de San Martín, cogemos el segundo desvío entre almendros y campos de rastrojo de cereal, llegamos al final de esta pista que se ensancha permitiendo estacionar nuestro vehículo. Enclave desde donde parte la senda que va descendiendo al barranco de San Martín. Echamos un vistazo al paisaje, la pétreo formación montañosa que se emplaza al norte nos acompañará a lo largo del trayecto para poder admirar el juego de colorido y geometrías cada vez que levantamos la vista, en el mapa viene referenciada como As Alpagatas. Vamos perdiendo altitud, arribamos a un pequeño corral que ha aprovechado la oquedad de la inclinada estratificación del terreno, cerrándola por el norte con un muro de piedra seca. En el extremo este el techo está ahumado. El suelo tiene cierta pendiente hacia la entrada, el estrato que ejerce la función de techumbre por su composición y por la erosión presenta un aspecto alveolado, dándole un toque de belleza y matización del paisaje, el muro de mampostería irregular tiene la peculiaridad de que en la parte exterior el agua de escorrentía, ha ido depositando carbonatos soldando un mampuesto a otro como si fuese argamasa, la naturaleza ha querido darle un toque perenne a esta construcción. Llegamos al lecho del cauce del barranco completamente seco, andamos unos metros sobre blancos cantos rodados, también el agua ha excavado una visera en el estrato al nivel del barranco. Seguimos por la senda que va ascendiendo, en algunos tramos la disposición de las rocas le dan un cierto aspecto adoquinado, algún bucho y coscollera nos acompañan en nuestro caminar. Llegamos a una zona aterrazada, entre la vegetación se mimetizan pequeños muros de piedra seca, a mano derecha una paridera, nos acercamos hasta ella, el co-

rral presenta paredes de piedra de cierta altura rematadas por grandes losas, el muro norte no ha podido resistir el paso del tiempo, de los cubiertos se adivina su ubicación. Anexa una pequeña caseta, llama la atención su techumbre que resiste a duras penas una bóveda apuntada de mampostería ahumada, cubierta exteriormente por tejado de finas losas de piedra a dos aguas. Vamos atravesando pequeñas barranqueras hasta que llegamos a una loma que nos permite divisar la majestuosidad del Salto de Roldán. El sendero transcurre a cierta distancia del macizo rocoso del cual se han desprendido grandes bloques que han rodado ladera abajo. Atravesamos un barranco por el cual fluye el agua, unos metros más adelante a mano izquierda se emplaza la paridera de Saso, nos acercamos hasta ella, recibiendo el intenso espino abrazo de las coscolleras y aliagas, que en ocasiones nos quieren retener, sus paredes de mampostería, la que tiene orientación sur permanece semiderruida, de los cubiertos sólo queda una pequeña tramada de teja árabe, a pocos metros también apreciamos los muros de mampostería de un edificio. Volvemos a la senda la cual ha sido desbrozada recientemente. Las aguas del río Flumen han cincelado un cañón que serpentea al pie de los dos farallones de conglomerado, entre el terreno alomado por las barranqueras. Nos aproximamos a sus verticales paredes, podemos apreciar más detalles, oquedades, recovecos, vegetación que se aferra a cualquier fisura o saliente. Un último esfuerzo y la vista que alcanzamos a ver desde esta atalaya natural es espectacular, por la cara norte aumenta la presencia de la carrasca, escuchamos el zumbido de las aguas, podemos ver las verticales paredes entre las cuales planean las rapaces. También Lucien Briet visitó esta formación rocosa como así lo transcribió en su libro *Sobrios Pirineos*: "Solidamente enraizado en la sierra que él mismo cortaba, alzaba uno junto a otro sus estribos monstruosos, como pilares en ruinas. Estas dos peñas estaban formadas por estratos finos y horizontales". Allí permanece el Salto de Roldán, exhibiendo con orgullo la verticalidad de sus paredes, unas veces como espectador, observando las blancas flores de los almendros con su aroma a néctar, el verde primaveral de los sembrados, o el dorado de las espigas de cereal mecidas por la suave brisa, observando también el ir y venir de las gentes siglo a siglo, unas veces ocupando el entorno próximo con sus rebaños de ganado y otras replegándose. Otras veces pasa a ser un retrato observado por el viandante, en el cual el alomamiento del terreno gana amplitud hasta chocar bruscamente contra las verticales paredes de los dos monumentales farallones.



Corral próximo al barranco de San Martín